

El Patrañuelo

Juan Timoneda

En un género como el del cuento, no es ningún defecto el esquematismo, el predominio de la línea argumental sobre otros factores (evidentemente descuidados por Timoneda). El hecho de que este escritor se atuviera siempre a ese valor primordial —el asunto, la trama— y a él subordinara todos los restantes aspectos, hace que sus cuentos lo sean de verdad, sin ninguna contaminación, sin ningún desliz hacia otras especies literarias.

En EL PATRAÑUELO el arrebató de la acción lo es todo, y a su siempre acelerada marcha se ajusta un ritmo narrativo que, en su sencillez casi coloquial, da como resultado un libro fresco, jovial y ameno.

Para el lector de nuestros días, tantas veces agobiado por la sofisticación de la moderna literatura narrativa, EL PATRAÑUELO puede constituir una agradable sorpresa y una divertida experiencia.

M. BAQUERO GOYANES

PATRAÑA IX

*Ceberino cuatizaron
y fue llevado a Turquía;
después, con mucha alegría,
Rosina y él se casaron.*

Un mercader de Barcelona, llamado Hilario, envió a Nápoles a un hijo suyo, Ceberino, para que le cobrase cinco mil ducados que allí le debían.

Cobrado que los hubo, dióse tan buena diligencia, que en breve tiempo se los ganaron otros mercaderes de la misma tierra. Quedando sin blanca y sabiendo que estaba una nave que hacía vela para Barcelona, embarcóse en ella, y surgida después de su navegación en el puerto que deseaba, desembarcó Ceberino y entróse en la ciudad de Barcelona; y como fuese muy de noche y no hallase posada, determinó de recogerse debajo de un banco que estaba cerca de casa de su padre, porque no le quitasen la capa si por acaso se durmiese.

Estando allí puesto, sintió que de la calle tiraron una piedra a una ventana de la misma casa, y salió una mujer que dijo: «Señor, a las doce vendrá vuestra merced, que ahora no hay sazón.» Ido el hombre que tiró la piedra, cerca de las doce salió Ceberino debajo del banco do estaba, y tirando su piedra, salió la mujer a su ventana y dijo: «Tome, señor», y él, parando la capa, echóle un lío de ropa con riquísimas joyas revueltas con él, y diciendo: «Ya bajo», a cabo de rato viola salir por la puerta, y no fue salida tan presto cuando se abrazó con él, diciendo: «Vamos, señor mío», y tomándola de la mano, salieron de la ciudad caminando hacia Valencia. Cuando fueron bien lejos y ella viese con la claridad del día que no era el que pensaba, maldecíase, haciendo grandísimos extremos, a lo cual le respondió Ceberino: «No os maldigáis, señora,

antes os habéis de tener por dichosa en haber caído en mi poder, porque sabed que soy hijo de Hilario, mercader riquísimo de esta ciudad. Conociéndole, y que ya no había remedio en lo hecho, siguieron su camino, y por la presencia del día, por no ser descubiertos, metiéronse en un bosque a do se dieron palabra y fe de marido y mujer, y efectuaron con mucho regocijo el matrimonio.

Pues como en el bosque no hubiese agua para beber, determinó Ceberino de llegarse a la marina, tanto por buscar agua como por si vería algún bajel para poderse embarcar con Rosina, que así se decía.

Fue su desdicha tan grande que, en allegando a la mar, fue preso de moros.

Ella, conociendo que se tardaba, subióse sobre un recuesto y vio cómo se lo llevaban cautivo. Conociendo que la fortuna la perseguía, usó de ánimo varonil, y es que se hizo un talegoncillo, en el cual puso todas las joyas que llevaba, y cosido, se lo ciñó junto a la carne, y mirando a qué parte la guiaría la ventura, vio muy lejos de allí una casa, y aguijando hacia ella, por estar cerrada y llamar y nadie no responder, determinó de entrar dentro por una pared bajuela que había. Entrada, halló (por ser majada de ganaderos), en un retrete todo un aderezo de pastor, por do luego, en un instante se despojó de sus ropas y se vistió a modo de zagal, y determinando de se llamar Ceberino, el nombre propio de su amado marido, caminó para la ciudad de Valencia, y llegándose al Grao para holgarse algunos días, díjole un mesonero que si

quería estar con él. Contenta, preguntóle que cómo se llamaba; diciendo que Ceberino, hicieron su afirmamiento.

Dejemos ahora a Rosina en hábitos de hombre, y vamos a Ceberino, el cual, como se viese cautivo, dijo que se llamaba Rosino, el nombre de su señora. Traído en Constantinopla, por ser los moros corsarios de Turquía, vino por parte al Gran Turco, el cual, por parecerle bien, le hizo ataviar y que sirviese en su palacio. Rosino, como fuese muy servicial y que en extremo trabajaba de agradar a todos, y gran músico de vihuela, de muchos era querido y amado, especialmente del Turco, porque las más noches le hacía tañer y cantar en su presencia. Y con esta conversación la hija del Gran Turco, que Madama se llamaba, se enamoró de él, y no sabiendo de qué modo manifestarle su deseo, suplicó al padre que a Rosino se lo diese por maestro para que le amostrase de tañer.

Contento el Gran Turco, en la conversación y tratamiento tuvo noticia Rosino cómo Madama estaba presa de amores de él, el cual disimulaba sabía y discretamente por no perder lo que hasta entonces había ganado, no dejando de recibir algunos dones y mercedes que de cada día le hacía en cuenta de maestro. En este tiempo allegó una nave de Barcelona en Constantinopla, sobre seguro. Sabiéndolo Rosino fuese a los marineros de ella, rogándoles que si les preguntaban de quién era hijo, que dijese que era de gran linaje, que no perderían nada por ello.

Pues como Madama supiese que aquella nave era de la ciudad de su maestro, secretamente envió que se informasen de Rosino, su maestro, de qué linaje y estado era. Habida relación que era hombre de estado, muy más se le acrecentó el amor que le tenía, y sabiendo que estaba la nave de partida; dióle Madama a Rosino una cajuela de riquísimas joyas, para que enviase a su padre y madre, y más, un anillo para que desechase el que llevaba, el cual era el que Rosina le dio en señal de casamiento en el bosque, y trajese aquél en su servicio.

Recibidas las joyas, y vistas cuán riquísimas y sin precio eran, estuvo muy maravillado de la liberalidad, y cerrando la cajuela, puso juntamente con ella el anillo de Rosina, y cerrada y sellada cual convenía dióla a los marineros, estrenándoles muy bien, diciéndoles que diesen aquella cajuela de bálamo en Barcelona a su padre Hilario.

Despedidos los marineros, hicieron su viaje bueno y salvo, sino que no pudiendo tomar puerto en Barcelona, los trajo la fortuna a la playa de Valencia, y aun allí hubieron de echar ropa en mar, y por salvar la cajuela tan encomendada, salió un marinero a tierra con ella, la cual dio a guardar a

un mesonero del Grao, y por dicha vino a caer en manos de Rosina, que Ceberino se llamaba.

Pasado el mal tiempo, adobaron su nave los marineros, y teniendo viento natural de su navegación hicieron vela, olvidándose la cajuela. Rosina, viendo que se habían descuidado, hizo leer un albarán que estaba escrito y fijado en ella que decía: «Sea dada a Hilario en Barcelona.»

Calló, y disimuladamente a la noche, viniendo a abrirla por ver lo que podía haber dentro a la primera vista que vio fue el anillo que había dado a su querido Ceberino, por do, maravillada de tal cosa y más de las riquísimas joyas que con él venían, dijo: «¡Santa María, Señora! ¿Qué señal o vestigio puede ser éste? ¿Es quizá, por desdicha mía, muerto mi amado y esposo Ceberino?» Y cuanto pudo de presto, tornó a cerrar la cajuela, y continuando sus oraciones, que Dios le diese nuevas de su vida o de su muerte, pasaba sus días y noches tristes, con mil sobresaltos que la combatían.

Volviendo a Ceberino, de cómo era molestado de los amores de Madama, y él no queriendo conceder en ellos, proveyó Dios de remedio, y fue que allegó en Constantinopla una nave española, y habiendo despedido toda su mercadería con el salvoconducto que tenía del Gran Turco, y estando para hacerse a la vela, Madama suplicó a Rosino que los dos se fuesen con aquella nave que estaba de partida, que ella le daría gran cantidad de dineros y joyas. Fingiéndose que era contento, recibido que hubo lo que le había prometido, embarcóse sin ella, y tuvieron tan buen tiempo, que en breves días allegaron en España y vino a aportar a la playa de Valencia, a do desembarcado con todas sus riquezas, vino a posar a donde estaba Rosina en hábitos de hombre; y como sintiese que se llamaba Ceberino y estuviese muy ahincadamente mirándola, estaba dudando si era o no era ella, y por mejor certificarse de ello, apartóla en puridad, por do se vinieron a conocer y a abrazarse del gozo que concibieron; y ella le manifestó cómo la cajuela estaba en su poder, de las joyas que enviaba a su padre con el anillo que ella le había dado en el bosque.

Ceberino, muy alegre de ello, manifestó al mesonero cómo Ceberino se llamaba Rosina por otro nombre, y era su mujer y esposa amada suya, y que por haberle hecho tan buen tratamiento en su casa, se lo agradecía en grandísima manera; y sin eso le dio algunas joyas. Y ataviando a Rosina de riquísimas ropas y joyas, se embarcaron para Barcelona; a do, dándose a conocer a sus padres, fueron muy bien recibidos, y de allí a pocos días celebradas sus bodas con alegre y suntuoso regocijo.